

## PERSONAJES PRINCIPALES

Rose Dawson. Enfermera.

Leslie Hemmings. Miembro del servicio de vigilancia antiaérea.

Mary Page. Granjera independiente, madre de Lucille.

Emily Bray. Madre de Geoffrey.

Henry Burnside. Médico, investigador y humanista.

Lucille Page. Maestra.

Geoffrey Bray. Aviador.

Ella. Sin nombre. Es la sombra de Virginia, su luz, quizá.

Boletín de noticias de la BBC

Ofensiva de la RAF

"Ayer, durante el día y frente a la costa belga tuvo efecto con éxito otro ataque contra la navegación enemiga. Aparatos Blenheim con cazas escoltas atacaron un convoy y un buque de 2.000 toneladas, que resultó hundido. Otros buques fueron alcanzados de lleno por las descargas explosivas. Perdimos un bombardero y un caza."

"Actividad aérea: Anoche fueron lanzadas escasas bombas sobre la costa este de Inglaterra y Escocia. En algunos puntos causaron desperfectos, pero el número de víctimas fue reducido."

\* \* \*

Caminaron un rato sin decirse nada. Cuando llegaron a la altura del torrente se detuvieron porque el agua venía abundante; agua de primavera, rápida, sinuosa entre la frondosidad de la oscura vegetación. Se sentaron aprovechando un claro entre los alisos y las clemátides. La hierba era tierna y ellos se movían a través de la sombra; el atardecer había visitado el fondo del valle con pasos furtivos, tomaba posiciones, permanecía.

Recostados en tierra escuchaban el curso del agua y con ella huían y se esfumaban las amenazas más próximas. Por aquel cauce se desangraba el cuerpo vegetal empapado, excesivamente húmedo, y el musgo enjugaba las heridas, las suavizaba.

La noche no había llegado todavía y con ella el temor, que se pegaba al corazón como una tela húmeda. El silencio era denso, opaco, de terciopelo sin costuras. Rose sintió un ligero escalofrío y miró a Leslie con un hondo temor involuntario.

—No, ahora no pienses. No.

La besó en los párpados y detuvo con la boca el aliento de las palabras que iban a salir de sus labios.

El sonido, no articulado aún, se dejó vencer y la muchacha se entregó sin resistencia. Rose y Leslie habían abandonado la fiesta y ella entró en un largo momento sin voluntad, dejándose llevar por algo más denso que la arrastraba más allá de ella misma, si aquello era posible. Lucille y Geoffrey ya estaban casados. ¿Podía decir que les envidiaba? Aunque ella y Leslie se amaban... Ahora los dos muchachos partirían. Sólo tenían permiso para dos días y Rose no encontraba palabras para llenarlos.

Había visto a Lucille, cordial y satisfecha, aunque ella siempre se mostraba atenta y amable. A Rose le extrañaba que esta consideración le diera ganas de llorar. Por suerte estaba oscuro y Leslie no iba a notarlo.

De arriba, distantes, llegaban algunas voces y las risas se dispersaban. Se confundían con la algarabía de los pájaros que se acomodaban en sus ramas para ovillarse en la noche. Era la hora en que la humedad ascendía, lenta; invadía pequeñas superficies secas, cubría con ternura los cuerpos que encontraba y todo se volvía de una tonalidad acerada con algún espacio de luz perdido entre las hojas, ya muy bajo. Un resto de sol viejo se detuvo en las piernas de Rose, tan blancas, y desapareció del todo después de incendiar los líquenes de la orilla.

\* \* \*

En el salón había alguien todavía bailando. El ambiente de humo y bebidas tomaba ahora ya una calidad fría sobre los vestidos y los rostros. Un grupo de invitados

se acercaba al fuego intenso, con buena provisión de leña apilada. Entró alguien y extendió las manos hacia las llamas.

—Ha sido una buena fiesta, Mary...

Era el capitán Packer. La madre de Lucille sonrió mientras ordenaba con cuidado los tazones en los estantes. Aún resistían, pensó, y los acarició con ternura protectora. Si todo muriese a la vez, se había dicho en otras ocasiones, sería soportable. Pero sobrevivir sola a aquello que se amaba: los hijos, los amigos, las cosas... Ya entonces en su fiesta faltaba alguien. Y los ojos se le empañaban, cosa que le ocurría a menudo por aquellos días. Suspiró hondo y se deshizo un nudo en su garganta, hacia lo más profundo, mientras secaba una fuente ovalada.

Se habían portado bien. A ambos lados del hogar se amontonaba la leña que le trajeron. Aún sobraban mermelada, leche y huevos. Un tapete nuevo, bordado por Emily, la madre de Geoffrey, lucía extendido sobre la mesa de los regalos. Todo resultaba tan extraño aquellos días que entonces no pudo ya retener las lágrimas y volvió el rostro hacia la cocina, restregando un tizne imaginario.

Anocheceía y del río subía una niebla ligera, desgana, arrastrándose por brezos y jara, demorándose entre los espinos blancos a la vera de los senderos. Los jóvenes se habían alejado y se oían risas, como un eco.

Salió a recoger la ropa tendida y todavía pequeñas manchas de sol mortecino oxidaban las sábanas; la primavera hinchaba el paisaje. ¡Cuánto trabajo que hacer, Dios mío...!, pensó Mary. Y no se podían esperar nuevos brazos hasta... Se secó las lágrimas. Si se dejaba llevar por los pensamientos que acudían estaba perdida. Parecía que todo se terminaba allá, en el horizonte, donde las lejanas detonaciones y los resplandores extraños segaban proyectos y esperanzas. Se mostraría fuerte una vez más. Aún así, aquel día llevaba inevitablemente una carga suplementaria y densa que luchaba por liberarse.

Entró en la casa con la cesta y se sentó cerca del fuego. La señora Bray la ayudó a alisar la ropa. Pusieron

a secar las piezas húmedas sobre el bien ordenado montón de leña cortada. Notaron también un olor nuevo y agradable. El capitán Packer había traído un ramo de espino blanco y las flores eran aún diminutos capullos cerrados con fuerza. Trajo también un ramo de violetas, que colocó en una jarrita. Las flores se inclinaban, perdidas.

—La lluvia ha invadido los torrentes y ha abierto grietas cerca del río. Puede que vaya a subir más el agua. Tengo que marcharme ya, Mary. Adiós, señora Bray.

Los últimos invitados se habían despedido, y con el abrir y cerrar de puertas el interior de la estancia había perdido el denso rastro de tabaco y bebidas, mezclado con algún perfume pesado, ¿sería clavel? La casa retomaba las rutinas nocturnas y se preparaba para el silencio. Rose no había vuelto, era mejor así. Otra pena, pobre muchacha, pensó Mary mientras guardaba la cesta al lado de la máquina de coser.

La señora Bray advirtió un ruido ligero, creciente, ¿de dónde llegaría? Venía del este, al parecer, y pasaba hacia el sur.

—Una ofensiva nuestra.

Lo dijo despacio, como una plegaria entre los labios.

En lo que llevaban de año, los aeroplanos de la RAF habían atravesado el Canal, según ella, en una proporción de tres a uno, si se comparaba con el anterior. Los pesados bombarderos repetían sus ataques sobre la costa ocupada. Todo estallaba y el humo denso cubría el mundo hasta descansar como una sombra de muerte sobre las pequeñas estancias domésticas.

—John salió anteayer noche en uno de los nuevos FLY. Dice que son tan rápidos y ligeros que no le darán al enemigo ni tiempo de verlos. Y ahora Geoffrey. Pero de momento, quién sabe, puede que no le cambien su servicio en la costa.

La señora Bray imaginaba a Geoffrey acudiendo con permiso desde el puesto de mando en Dover. Ella le prepararía la ropa, algún pastel de carne; no volvería con los

pies endurecidos por el fango de las marismas normandas, donde el viento arrasaba a la vez la hierba y los cuerpos segados de los hijos.

Alzaba los ojos como si viera por la ventana aquella imagen distante, recortada por el fuego. Volvió a la realidad: ni calcetines de lana ni cazadoras empapadas y el pastel lo cocinaría para ella sola, migajas frías sobre el tapete y un tenedor helado. Los dos muchachos en servicio activo y ella, ahora, definitivamente sola. Emily, tan frágil, se sentía hierba pisoteada, sufriendo sin llegar a morir.

Geoffrey y Lucille se habían casado aquella misma tarde, la fiesta había terminado, recogida, doblada, guardada como la ropa en el cesto de Mary Page. Mary no perdía nada porque Lucille se quedaba en casa, pero Emily Bray, con dos hijos en la guerra, notaba ya el frío de un crepúsculo afilado, una hoja de acero tras otra laminando su carne. Agachó la cabeza y dejó resbalar las lágrimas mientras Mary intentaba colocar en un jarrón la brazada de espino del capitán Packer. Se volvió hacia el fondo y dejó reposar las manos en el regazo.

—¿Quieres un poco más de té? Quédate a cenar y así tendré compañía. No creo que Rose tarde mucho ya, pero como Leslie se marcha mañana... —ofreció Mary cuando terminó de amontonar los troncos rebeldes y punzantes.

La noche hacía destacar a lo lejos, en la costa, los reflectores y las luces que acumulaban toda la tristeza de aquellos días. Aunque Abberbay no fue uno de los lugares más afectados por los bombardeos de 1939 y de 1940, estaba situado al paso de la aviación, cuando la lucha entonces se concentraba entre Folkestone y Ramsgate. Toda la zona del Canal era asediada y destruida. Y a Emily Bray le parecía que Geoffrey, allá, cerca de casa, iba a estar protegido.

Empezó a llover y decidió que quizá era mejor que se quedara a cenar con Mary. La ayudaría a ordenar aquello un poco y esperarían la llegada de Rose. Rose era una buena muchacha pero reservada; sonreía y hablaba poco.

Rose vivía a pensión en casa de Mary desde que perdió a toda su familia en los bombardeos de Londres. Quizá aún no había superado aquello. El doctor Burnside comentaba que era una buena enfermera, eficiente y silenciosa. Leslie la quería. Pero estaba la plaga de la guerra. Ahora se marchaban todos y para luego sólo cabía esperar nuevos fragores siniestros por las noches.

La ropa se había secado por el calor del fuego, y Emily daba la vuelta a la que aún tocaba húmeda. A pesar de la escasez reinante podían tener el fuego encendido, una buena fogata ardiendo, gracias al terreno que circundaba la casa de Mary, una extensa granja que entonces sólo el viejo Spencer ayudaba a mantener. Siempre había algún alimento extra que contribuía a soportar el escaso racionamiento, y leña suficiente para el hogar.

\* \* \*

El doctor Henry Burnside volvía al hospital por el sendero de grava y caminaba abstraído. Casi no oía ya las risas de los invitados más jóvenes, que se alejaban hacia el pueblo. Iba mascando medio tallo de hierba alta, ácida, a veces jugosa y siempre amarga. Por aquellos días el hospital disponía de algunas plazas vacantes y eso le iba a permitir experimentar gracias a una comunicación que le había mandado Clarence Holland, de la Asociación Médica Americana.

Se trataba de la sutura de hígados destrozados por las balas, de difícil resolución. En todo caso era mucha la sangre que se perdía y, si se producía hemorragia, el resultado era negativo. Clarence había encontrado un sistema que parecía eficaz, pero era preciso comprobar, asegurarse. Tiempo, días de observación paciente. Y no los tenía. Dio un puntapié a una piedra del camino. Aquello nunca se terminaría. Miró hacia abajo, al sur. Venían espesas nubes desde Eastbourne y escuchó un vuelo pesado más al este. Los Halifax, murmuró. Mañana iría a Newhaven, donde

había resultado destruido el hogar de los marinos y había muerto el viejo Beecham. Arremetió contra otra piedra. Navegaron juntos, porque Joyce Beecham era un buen guía, que sabía conducir los convoyes de pescadores arriesgando la vida una y otra vez. Compartieron días muy duros y Joyce aún tenía cuerda para tiempo, de eso estaba seguro.

Ahora Geoffrey y Lucille se habían casado. Quedaban pocos padres en la costa aquellos días. Lucille Page le había mirado un momento con lágrimas y él creyó que eran de alegría, pero ahora pensaba que la niebla pegajosa del río penetraría sin remedio en los cuerpos, sorbería la vida y desaparecerían todos los colores de las mejillas, de los ojos, de los campos, de las viejas paredes y de las granjas oscuras, de los campanarios y de las torres y de los pájaros que las habitaban. Todo sería vaciado, blanqueado como un inmenso campo después de la batalla, donde las hienas, los chacales y los buitres han celebrado su festín ritual. No. Él no había querido que partieran ni John, ni Geoffrey, ni el viejo Beecham, que luego le eran devueltos a pedazos, vertida la sangre en tierras extrañas, una sangre que el mundo no necesitaba para nada.

Él había acogido los tiernos cuerpos que traía al mundo; pero sus brazos se veían descarnados, impotentes, tan cortos como los de cualquier madre, y cada madre, pensaba él, creía que podía llegar de costa a costa. Se lo representaba gráficamente con dos manos: una quería impedir el avance del siniestro sector de la costa ocupada, abrir los dedos y detener los bombarderos solamente con los frágiles huesos. Con la otra mano querían proteger la blanca porción de rocas, donde las raíces sobrevivían con una esperanza extraña.

Se miró las manos y las movió en un gesto circular: tenían la forma del bebé muerto que había extraído aquella mañana de un cuerpo joven ametrallado en la carretera.

La niebla llegó a sus ojos y decidió volver al hospital, pero una inmensa lasitud impelió a su cuerpo a descansar un instante, recostado en la cerca de un prado vecino. Fijó

la mirada en el suelo y vio que unos narcisos silvestres desovillaban la sedosa corona amarilla, mecida levemente por el aire. Había alguna violeta y pensó en los párpados que se cerraban cada día entre el fango, empapados de rocío, lágrimas o lluvia, ¿quién podía saberlo? En aquel momento de tarde mansa, un reflejo vivo hirió por un instante sus pupilas desde los arbustos, ya cerca del suelo. Un aliento tibio acercaba el color del sol en su ocaso, para vigilar los movimientos furtivos a ras de hierba, quizás para despedir a todo aquello que moría y germinaba.

Extendió las manos y la franja de color de óxido se extinguió entre sus dedos, como tantos días perdidos que él no podía retener. Cinco dedos, diez dedos extendidos eran como una sombrilla de los márgenes, mientras el viento de la guerra segaba los prados para incendiar la cosecha inmadura.

\* \* \*

Quedó una ventana abierta. El aire hizo aletear por un instante los papeles sobre la mesa, cubierta de sombras azules en el silencio de un momento deshabitado. La casa estaba húmeda, el fuego se había apagado y los cristales mostraban el trazo de lluvias anteriores. Ahora la tarde se aquietaba y un trazo de sol reseguía débilmente y con desgana diversos objetos en los estantes, en la mesa, en el suelo, todo en una ojeada imperceptible.

Ella no estaba. Había salido y no sabían cuando volvería. No había conversaciones ni murmullo de voces, ni tan solo la advertencia 'ya voy, ahora vuelvo, espérame', o 'he olvidado el cesto, cierra la puerta'. Algún pájaro pasó cerca de la ventana sin encontrar quién le escuchase. Las ramas de los olmos vibraban con oscuros temblores, pero no fueron observadas. Sobre la butaca, el tapizado azul y salmón esperó largamente un cuerpo para acogerlo; esperó el calor de una piel tibia y de un vestido de lana; porque la primavera brotaba por todas partes con una exhuberancia empapada, ácida y fresca, que hacía estremecer levemente

los cuerpos. Aún humeaban las chimeneas, y el vapor se amansaba recogido entre los árboles como guedeja perdida entre espinos: cálida y blanca de ovejas temerosas.

Ella se fue y no sabían dónde. Bajaba crecido el río, lleno y valiente como un ejército antiguo que parte al amanecer; cuando el sol no puede aún reflejarse en las armas bruñidas. Un ejército con su mitad superior de plata y de fango el resto, amoldado a los pies que quieren conquistar la muerte. Siempre que un río sale de madre lleva un deseo de muerte envuelto en seda, sobre el pecho que palpita. Cuando encuentra quién le escuche, lo amortaja primero con ropajes verdosos y luego, satisfecho, abandona su larga caricia viscosa y deja las huellas de la conquista: una unción de barro sobre el cuerpo o en la boca, para sellar un silencio de complicidades furtivas.

En la superficie, entre los juncos, brilló el sol por un instante y descubrió las larvas en el agua somera. Las prímulas a medio cerrar añoraban el día. No había huevos aún en el nido de los mirlos; recientes avenidas desdibujaban las orillas arenosas, como labios mordidos que el agresor abandona. En todo el curso del río no se reflejó aquella tarde ninguna otra imagen plácida.

El agua del torrente, más abajo se juntaba con fuerza a la corriente principal, aunque ya había perdido la voz y el color de los amantes entre los fresnos y los avellanos silvestres. Ahora todo era frío y las manos quedaban yertas si alguien se aventuraba a tenderlas entre los juncos.